

mados los puntos á viva fuerza por los realistas. Varios soldados lograron hacerse dueños de la azotea de la casa en que estaba Albino García, y éste fué aprehendido por un granadero del regimiento de la Corona, llamado Miguel Sardineta, y por el dragon de España cuyo nombre era José Uribe. Tambien fueron hechos prisioneros Francisco García, hermano de Albino, á quien llamaban el «brigadier D. Pachito»; Pineda, que habiendo desertado del regimiento de Puebla, de que fué tambor, habia ascendido á un grado elevado en las fuerzas independientes, y D. José María Rubio, secretario de Albino, pero que no se habia unido voluntariamente á la revolucion, por lo que al presentarse á Iturbide, dijo que le habian detenido por fuerza. Era éste D. José María Rubio, el mismo que fué sacado de su casa propia, situada en el punto llamado el Campanero, al pié de la calzada de las Carreras, en Guanajuato, cuando Albino atacó esta ciudad el 26 de Noviembre de 1811, y á quien, como entonces dije, hizo su secretario.

1812. En esta sorpresa, en que la confusion se  
 Junio. introdujo en las tropas insurrectas, murieron ciento cincuenta hombres pertenecientes á ellas, entre los cuales se encontraban varios jefes principales, y muchos de aquellos famosos valentones del bajío de Guanajuato, á quienes Albino llamaba sus compadres, y que formaban una guardia escogida suya. Las tropas realistas no sufrieron mas pérdida que la de un granadero llamado Avilés. El número de prisioneros que tuvieron los independientes fué igual al de muertos, y su fin demasiado triste por desgracia. Iturbide, teniendo que volver des-

pues de dado el golpe, segun las instrucciones que le dió García Conde, á reunirse con el convoy en Celaya, calculó que era difícil custodiar, con la poca gente que tenia, á los prisioneros que habia hecho, teniendo que pasar por entre diversas partidas de insurrectos, y determinó fusilarlos, reservando únicamente á los principales jefes. No habiendo eclesiásticos para que les diesen los auxilios espirituales, que son el bálsamo consolador del hombre que profesa la religion católica, y temiendo detenerse por mas tiempo, pues podian reunirse considerables fuerzas insurrectas en el camino para impedirle el paso, les hizo pasar por las armas sin que se confesaran. «El dolor de la muerte del granadero Avilés», dice Iturbide en su parte á García Conde, «á pesar de que fué la única desgracia (no obstante la poca luz que prestaba la luna, y la atencion de tantos puntos), y la precision de hacer morir sin auxilios cristianos á tantos miserables, lo que solo puede mandarse en casos igualmente estrechos, han contristado terriblemente mi espíritu, sin embargo de la satisfaccion de un golpe tan afortunado por la utilidad pública y particularmente por la del bajío». Quiero creer cierto este sentimiento de Iturbide en haber dado la muerte á los desgraciados prisioneros sin haber recibido los auxilios espirituales; pero no porque realmente tuviese esa pena, ni porque se viese precisado á volver prontamente á reunirse con García Conde y no hubiese sacerdotes para confesarles, puedo dejar de calificar su disposicion de excesivamente severa. Difícil y aun peligroso era, con efecto, conducir ciento cincuenta prisioneros con la corta fuerza que tenia, que era casi



igual á la de los aprehendidos, pues no llegaba á ciento setenta hombres, inclusa la oficialidad, por un territorio cubierto de partidas de insurrectos. Incon-  
 1812. cuso es que si los llevaba á pié, daba tiempo  
 Junio. á que se reunieran los diversos jefes de guerrillas para batirle; y si á caballo, á que se fugaran ó ayudasen á los que saliesen á favorecerles, exponiéndose á ser víctima cuando marchaba vencedor; pero pudo, en el caso extremo en que se hallaba, hacer que solo fuesen ejecutados una parte de ellos, conduciendo presos á los que juzgase que podia custodiar fácilmente. Se dirá que esto acaso no le pudo ocurrir en aquellos momentos en que, dado el golpe atrevido, tenia que aprovechar los instantes para llegar á Celaya antes de que las partidas insurrectas pudiesen salirse al encuentro al saber la corta fuerza que tenia; pero si lo hubiera hecho, habria quitado á los adictos al partido contrario todo motivo de censura, y las frases duras en que se desataron contra él, hubieran sido vistas como desahogos de sus pasiones políticas. D. Lúcas Alaman, al hablar de este hecho, dice en una nota «que la muerte sin auxilios religiosos de estos prisioneros ha sido para los enemigos de Iturbide, aun para aquellos que no fueron muy piadosos, materia de continua y acre declamacion», y añade en seguida, emitiendo su opinion como historiador: «Sin embargo, atendidas todas las circunstancias, que eran las que con la sinceridad que profeso he representado, no es fácil decir qué otro partido le quedase que tomar» (1).

(1) Dice Don Lúcas Alaman en una nota que trae en la página 198 del to-

El lector, en vista de lo que dejo expuesto, podrá juzgar imparcialmente de este hecho, calificado entonces de diversa manera, segun el partido á que cada uno de los que hablaban de él pertenecian.

Cuando sorprendida la avanzada de los independientes que estaba á la entrada del pueblo, dispuso Iturbide situar su fuerza en los puntos convenientes, cada oficial pretendia que se le encargase la aprehension de Albino García, considerando como una gloria el hacerle prisionero; y asegura el mismo Iturbide, que los soldados se desentendian de coger el dinero y alhajas que tenian á la vista, para ocuparse únicamente en matar ó prender enemigos. Con motivo de ser mejicanos todos los que componian la fuerza realista, sin excepcion ninguna, decia Iturbide á García Conde al comunicarle el resultado de la expedicion: «Para hacer algo por mi parte con objeto de quitar la impresion que en algunos estúpidos y sin educacion existe, de que nuestra guerra es de euro-  
 1812. peos á americanos y de éstos á los otros,  
 Junio digo: que en esta ocasion ha dado puntualmente la casualidad de que todos cuantos concurrieron á ella, han sido americanos, sin excepcion de persona, y tengo en ello cierta complacencia, porque apreciaria ver lavada por las mismas manos la mancha negra que algunos echaron á este país español, y convencer de que

mo III de la *Historia de Méjico*, que el Sr. Rubio le dijo que el número de trescientos muertos entre los que lo fueron en la accion y los prisioneros fusilados es muy exagerado, habiéndolo abultado Iturbide para hacer mas importante el suceso.



nuestra guerra es de buenos á malos, de fieles á insurgentes, y de cristianos á libertinos».

Terminadas las ejecuciones, Iturbide marchó inmediatamente hácia Celaya, donde se hallaba ya García Conde con el convoy, llevando preso á Albino García, y dispersando fácilmente algunas cortas partidas que se le presentaron. La pasion de partido hizo olvidar á García Conde, en esta vez, la caballerosidad que le distinguia y que siempre habia resaltado en sus actos. Dominado por una idea extraña en él, no se condujo con el jefe insurrecto con las consideraciones que se deben guardar á todo hombre en la desgracia, ni con la nobleza de un caballero, como lo era realmente. Mal aconsejado por el encono que con demasiada frecuencia, desgraciadamente, domina el corazon del hombre en las luchas que los dividen, trató de humillar al prisionero Albino García, y para ponerle en ridiculo y hacer mofa de él, dispuso que á su entrada se le recibiese con los honores correspondientes á un capitán general, con salva de artillería y repique de campanas (1). Conducidos Albino y su hermano Francisco á la plaza, y colocados enfrente al balcon del meson en que estaba alojado García Conde, le dirigió éste algunas palabras ofensivas, y en seguida dirigió al pueblo un discurso análogo á las circunstancias (2). En

(1) Lo refiere así en su parte el mismo García Conde, manifestando sentimiento de no haber podido hacer esta burla con mas solemnidad. Véase la *Gaceta* extraordinaria de 18 de Julio, núm. 247, fol. 645.

(2) Estas noticias las trae D. Lucas Alaman en su *Historia de Méjico*, las cuales le fueron dadas por D. Manuel Gomez Linares, testigo presencial.

ese mismo balcon, desde donde el jefe realista dirigió la voz á la multitud que se agolpaba á ver en el abatimiento al hombre que poco tiempo antes se habia acercado arrogante á la misma poblacion, poniendo en alarma á sus habitantes, habia hablado el cura Hidalgo al pueblo, el 22 de Septiembre de 1810, cuando fué nombrado general por el ejército, siete dias despues de haber dado el grito de emancipacion en Dolores. No parece sino que ese modesto balcon estaba destinado á servir de tribuna oratoria en aquella asoladora lucha. Albino permanecia inmoble en medio de la guardia que le custodiaba, y los soldados contemplaban con admiracion al infatigable guerrillero que habia hecho inútiles, por largo tiempo, todas las combinaciones de los jefes realistas para aprehenderle, y cuya captura era debida á la intrepidez y actividad del joven oficial Iturbide, que desde entonces fué ganando, con hechos distinguidos de valor, el aprecio del ejército.

Conducido Albino á la prision, y habiendo sido sentenciado á muerte, se preparó cristianamente para morir. Tres dias permaneció en la prision disponiéndose como católico para el trance terrible en que debia perder la vida. En ellos escribió una carta muy sentida á sus padres, que eran adictos á la causa realista y habian sido útiles á García Conde en sus expediciones, pidiéndoles que le perdonasen el no haber seguido los sanos consejos que le habian dado. Tambien escribió á los administradores que habia puesto en las haciendas de campo de que se habia apoderado, diciéndoles que las restituyesen á sus legítimos dueños

1812. der la vida. En ellos escribió una carta muy

Junio. sentida á sus padres, que eran adictos á la



á quienes habia despojado de ellas, y dirigió á los guerrilleros Canelero y Secundino, una carta á cada uno, diciéndoles que se presentasen á los comandantes realistas de las demarcaciones respectivas. Llegada la hora de la ejecucion, Albino, su hermano Francisco y Pineda, fueron conducidos al sitio en que debia verificarse aquélla. Pocos momentos despues fueron fusilados. La cabeza de Albino García fué puesta en la cortadura de la calle de San Juan de Dios, en Celaya, punto por donde habia dirigido con mas brío su último ataque dado á esta ciudad; una de sus manos se envió á Irapuato, y la otra, que tenia estropeada, por cuyo motivo le llamaban «el manco», fué llevada á Guanajuato para que se pusiera en el cerro de San Miguel. Cuando algunos años despues se verificó la independenciam de Méjico, se quitaron todas esas señales horribles de la sangrienta lucha, y el notable arquitecto mejicano D. Francisco Eduardo Tres-Guerras, hizo colocar el cráneo ya descarnado de Albino García, sobre una basa de columna en un nicho del osario de la parroquia de Celaya, en cuyo pedestal se puso un soneto de escaso mérito literario, con trillados pensamientos de moral. Transcurridos algunos años mas, fué sepultado, quitándose en consecuencia el soneto, y quedando solo el trozo de columna y el nicho (1). D. José María Rubio, secretario de Albino, fué conducido á Méjico, donde estuvo

(1) Don Lucas Alaman dice en su *Historia de Méjico* que él vió el cráneo muchas veces, mientras permaneció en el nicho, y que el soneto colocado en el pedestal era malo, literariamente hablando, «con frios lugares comunes de moral».

preso por algun tiempo, quedando luego en libertad.

La prision del famoso guerrillero Albino García, así como las disposiciones cristianas con que recibió la muerte, fueron cosas que llamaron mucho la atencion del público, y á las cuales consagraron sus plumas algunos poetas (1). Su nombre ha quedado en la memoria

(1) El cura de San Miguel el Grande, doctor D. Antonio Uraga, ponderando el hecho de Iturbide en prender al activo jefe insurrecto con un corto número de soldados en su mismo campamento, compuso un soneto y otra breve composicion con el nombre de «redondilla», que se publicaron en el *Diario de Méjico* de 25 de Junio de 1812, núm. 2,457, t. 16, f. 707. El soneto decia así:

No llegan á doscientos los soldados  
(Buenos americanos) que acaudilla  
Un jóven brioso, en cuya frente brilla  
Virtud heróica, alientos elevados.  
Con tal fuerza, ¿podrá dejar postrados  
Los furoros de aquella cruel gavilla,  
Que mas se aumenta cuanto mas la humilla  
El valor de escuadrones esforzados?  
Sí, pais hermoso: deja, pues, el llanto,  
Que á tu favor la suerte se decide:  
Ya no hay Albino, ya cesó su encanto.  
Y trescientos con él... ¡Ah! no se olvide  
Que la gloria inmortal de triunfo tanto,  
Se debe toda al jóven Iturbide.

La llamada redondilla estaba concebida en los siguientes términos:

Jóven en quien reside  
La modestia enlazada á la bravura,  
La fuerza á la dulzura:  
¡Feliz Valladolid! tu gozo exalta  
Y añade un rasgo al timbre que te esmalta.  
De un hijo tuyo la valiente mano,  
La paz anuncia al suelo americano,  
Pues claro es que en el campo de la gloria  
Se camina á la paz por la victoria.



de los habitantes del bajío de Guanajuato, como el de un personaje de leyendas, y se le atribuyen varias anécdotas extrañas. Se cuenta que cuando hacia alguna jornada en coche, llevaba en la zaga músicos con guitarras, arpas ó bandurrias (1), que le iban tocando las animadas sonatas llamadas «jarabe», que es un baile semejante al zapateado español, á que era en extremo aficionado; que al caer sobre algun pueblo ó hacienda de campo para saquearla, decia á su gente: «muchachos, como quien se va á bañar»; con lo cual significaba que

1812. despojasen á las personas que allí habia  
Junio. hasta de la ropa con que estaban vestidas, y que en todas las poblaciones á donde llegaba, hacia celebrar funciones religiosas á la Santísima Trinidad, de que era muy devoto.

Cuando fué aprehendido y vió que en el saqueo de su casa se llevaba un soldado un caballo que era el predilecto de todos los que tenia, le dijo á Iturbide, que estaba á su lado, que no se quedase sin aquel excelente corcel que en un lance podia salvarle la vida, pues saltaba anchas barrancas y subia escabrosas cuevas, por lo cual le habia puesto el nombre de «Cabra». Iturbide conservó, en efecto, este brioso caballo durante mucho tiempo.

La noticia de la prision de Albino García se publicó en una *Gaceta* extraordinaria, al mismo tiempo que la de D. Antonio Torres, ó «el amo Torres», fusilado en Guadalupe, pues se consideraban ambos acontecimientos como de la mayor importancia para la terminacion de la

(1) En Méjico llaman á las bandurrias «jaranitas».

lucha. García Conde continuó su marcha hácia Méjico con el convoy. Las fuerzas independientes que se hallaban en Huichapan trataron de disputarle el paso, y se situaron, con dos cañones, en el punto de Capulalpan. Emprendida la accion, D. Agustin de Iturbide, al frente de noventa soldados de caballería de Puebla y Frontera, les atacó con la bizarría que le distinguia, les quitó los cañones y una bandera, les mató ochenta hombres, hizo varios prisioneros y les puso en precipitada fuga (1). No hallando nuevos obstáculos en el camino, García Conde entró en Méjico con su division el 20 de Junio, conduciendo en el convoy seiscientos cinco barras de plata pertenecientes á la corona, y novecientas de particulares. Los habitantes de la capital acudieron á ver entrar al ejército que habia logrado alcanzar diversos triunfos sobre las fuerzas independientes, y todos se agolpaban á conocer al jóven Iturbide á quien, con razon, se atribuia toda la gloria de la prision de Albino García. El virey Venegas, queriendo premiar su intrepidez y actividad, le dió el grado de teniente coronel.

1812. Al siguiente dia de haber llegado García  
Junio. Conde con el convoy á la capital, empezó á salir otro de no menos importancia para el interior. Un número considerable de familias que habian abandonado sus casas y se habian refugiado en Méjico, dispusieron volver á ellas, creyendo que con el golpe dado á las fuer-

(1) Parte de Garcia Conde publicado en la *Gaceta* extraordinaria de 18 de Junio, núm. 247, fol. 645. En este parte manifiesta Garcia Conde su asombro de que los insurrectos heridos no quisiesen confesarse con el capellan de su regimiento.



zas de Albino y la muerte de este famoso guerrillero, la paz se restablecería bien pronto en las provincias de Tierra-adentro. La misma lisonjera esperanza acariciaba García Conde, á quien se le habia encargado la conduccion del convoy. Persuadido por el informe de Iturbide de que las principales partidas habian estado, como era cierto, reunidas en el Valle de Santiago cuando fueron derrotadas, no dudó que la marcha se haria sin encontrar obstáculo ninguno, y que la revolucion podia considerarse como terminada en el interior. En su concepto, no quedaban otras partidas que las insignificantes del Canelero y de Secundino, á quienes, como tengo dicho, escribió Albino García desde la prision, diciéndoles que se presentasen á los comandantes de las demarcaciones respectivas, y no dudaba que se apresurarian á obsequiar el deseo del guerrillero á quien habian respetado, para lo cual hizo publicar el indulto general concedido por las Córtes de Cádiz el 8 de Noviembre de 1811, y que el virey Venegas hizo circular por todo el país el 1.º de Abril del año que corria. Sin embargo de estas esperanzas concebidas por el partido realista, estaba muy lejos de estar expirante la revolucion. Despues del fusilamiento de Albino, quedaron los guerrilleros Cleto Camacho, Tomás Baltierra, á quien por su gigantesta estatura llamaban Salmeron, y otros jefes de partidas que, aunque no tenian la fama que aquel caudillo, no por esto dejaban de presentarse en todas partes amagando á las cortas poblaciones, impidiendo la entrada de víveres en las ciudades y cortando las comunicaciones de unos puntos con otros. Tambien habian llegado al bajío de Guanajuato pocos

dias antes de la derrota y prision de Albino, D. José María Liceaga, miembro de la Junta soberana á quien ésta habia encargado el gobierno de las provincias del Norte; Yarza, que habia sido secretario de la misma Junta, y el doctor D. José María Cos, á quien vimos establecer una imprenta en Sultepec, con caracteres de madera hechos por él mismo, en que se imprimia un periódico propagador de las ideas en favor de la independencia. Todas las fuerzas con que contaban se reunieron en Yurira y en el Valle de Santiago para continuar la lucha con la misma actividad que habia desplegado Albino García: Liceaga, como jefe de la provincia, segun lo dispuesto por la Junta soberana, nombró por su segundo al Dr. Cos. El convoy empezó á salir de Méjico el 21 de Junio y concluyó el 28, reuniéndose en Tlalnepantla, distante tres leguas de la capital, donde se dispuso el órden en que debia marchar. Se componia el convoy de 5,430 tercios de efectos pertenecientes á la Real hacienda; 6,276 de particulares; 79 coches en que regresaban á sus casas las familias que por temor se habian refugiado en la capital, llevando para remudar los tiros de los carruajes y conducir los equipajes 632 mulas; 130 asnos cargados de diferentes objetos, y 5,920 personas entre tropa y pasajeros. Como era la época mas fuerte de la estacion de las lluvias, que diariamente y en extraordinaria abundancia caen en aquel país poniendo intran-sitables los caminos, el convoy tuvo mucha dificultad en pasar el punto de Capulalpan, tardando mucho tiempo en conseguirlo. García Conde se vió precisado por la expresada causa á detenerse en Arroyozarco, distante